

JOSE FERRANDIZ

SAN FRANCISCO EL GRANDE

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



12/91.

MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL

1924



Ayuntamiento de Madrid

FM 3474



JOSE FERRANDIZ

58/14245

SAN FRANCISCO EL GRANDE

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



12/91.510

MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL
—
1924

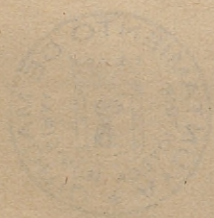


Ayuntamiento de Madrid

FM 3474

217 FRANCISCO EL GRANDE

02/20



SAN FRANCISCO EL GRANDE

Lo mismo que los individuos y las sociedades, muchas cosas y lugares parecen nacidos con destino a constante desgracia. El templo de San Francisco, llamado el Grande, podría ser contado entre ellos como víctima de un sino fatal durante casi doscientos años.

Corría el segundo decenio del siglo XIII, cuando vino a Madrid San Francisco de Asís y fundó, muy cerca del templo que hoy lleva su nombre, un exiguo adoratorio junto al más humilde albergue de religiosos, más tarde convertido en convento, ya ausente el fundador, y la ermita en regular iglesia con el título de Jesús y María, todo ello costeado por los vecinos de aquella parte del Madrid antiguo.

Este convento, en verdad nada suntuoso, pareció un día a los frailes franciscanos triste e insalubre, por lo que se decidieron a dejarlo; pero los piadosos vecinos, para retenerlos, costearon el engrandecimiento de la edificación y la obra de nueva y muy capaz iglesia, ayudados por el Ayuntamiento de la Villa. Entre los favorecedores del convento y de su iglesia, figuraron los famosos Vargas, Lujanes, Ramírez, Luzón, Cárdenas, Zapatas y Venegas, familias próceres, de inmenso prestigio entre los madrileños. Pedro Luján, camarero de Don Juan II, levanta en 1470, para su enterramiento, la capilla titulada vulgarmente de los Lujanes; otra erigen y luego amplían con igual objeto, los Vargas por mano de D. Francisco, áulico famoso de los Reyes Católicos. El más generoso es D. Ruy Gómez de Clavijo, camarero de Enrique III y Embajador cerca del Tamorlán; sábese que al volver de la embajada que lo hizo pasar a la historia, reedificó todo el altar mayor. Muere en Madrid Enrique IV, en 1474, y Doña Juana, la reina viuda, se recluye

penitente en severísimo retiro contiguo al convento, con tribuna sobre una de las capillas, la más lóbrega de la iglesia. Un año después falleció; y Doña Isabel la Católica, su antigua enemiga, mandó construirle un magnífico sepulcro con preciosa estatua yacente de mármol blanco, en la capilla mayor, cuyo centro ocupaba la tumba, también de mármoles riquísimos, donde yacía el referido Ruy Gómez de Clavijo, desde 1412; en otra no menos suntuosa que daba frente a la de Doña Juana, dormía el esclarecido príncipe Marqués de Villena, tío del rey Don Juan II...

El año 1617 se reforma la capilla mayor según el gusto de entonces, probablemente echándola a perder, no sin algunas profanaciones, como permite suponer el hecho de haber removido el sepulcro de la reina Doña Juana, y de su estatua yacente, puesta en pie, haber fingido los frailes una figura de la Virgen María, que colocaron sobre la puerta del convento. Sin duda ya los franciscanos estaban influídos por las ideas renacentistas: ¡Doña Juana, hágote Virgen...! Este influjo explica la conducta que siguieron luego con desprecio del templo que poseían, por tantos conceptos venerable.

Era una iglesia gótica, estilo siglo XIII al XIV seguramente; la época de mayor pureza en la arquitectura ojival, y abundaban en ella las bellezas artísticas, ya con forma de altares y retablos, ya de soberbios sepulcros marmóreos adornados con bronce y estatuas en las once capillas que el recinto contenía, todas ellas obra y propiedad, téngase esto presente, de las más encumbradas casas nobiliarias, incluso la Real. Que esta riqueza era considerable, se desprende del informe escrito en el siglo XVIII por Fray Antonio Muñoz, religioso de esta casa, dirigido al prior entonces existente, y así mismo consta de las referencias, aunque poco precisas, de los historiadores del Madrid viejo.

Así estaba San Francisco, apellidado mucho tiempo hacía *el Grande*, para distinguirlo de otro, al llegar el año 1760, cuando los frailes más y peor dominados por el espíritu del

Renacimiento, determinaron de plano derribar todo el templo y sustituirlo con otro. ¿La razón? Alegaron que era algo oscuro, triste, menos espacioso de lo que era necesario y... de estilo anticuado: ellos querían uno a la moderna, y desde que a conseguirlo se pusieron, comienza la más peregrina y a la vez bochornosa historia imaginable.

* * *

Se estaba en pleno furor del neo renacimiento, como es sabido, con una incomprensión estética lastimosa, idolatrando en las formas grecorromanas, fanática más que razonadamente, y desdeñando todo lo que no fuera ellas. En los tratados de Arquitectura se escribía que *el gótico*, pues lo creían obra de godos, era un estilo bárbaro y grosero. De hecho, y era lo más deplorable, se venía deformando, cuando no era fácil destruirlo, todo lo medioeval. En Oviedo se intentaba nada menos que revestir el interior de toda la catedral con piedra, postiza, es claro, que afectara las formas clásicas. Ahí está para eterna vergüenza, la girola de ese templo así maltratada, sólo ella, porque el intento no prosperó, acaso faltando la gran suma de dinero que habría costado. Pero los valencianos, más expeditivos, forraban todo el interior de su catedral (menos el cimborrio, temiendo que se hundiera) con yeso blanco, que es barato y dócil, adornado de oropel, en estilo Renacimiento: lo mismo hacían con otras iglesias góticas de su ciudad; Santa Catalina, San Andrés, San Martín, los Santos Juanes, San Esteban, convertidos en mamarrachos barrocos despreciables... La catedral es un precioso ejemplar del gótico siglo XIV, que se quedó y sigue oculto bajo un disfraz corintio de yeso... En Burgos y en Toledo se estropeaban las fachadas con puertas mezquinas y anacrónicas; la sola enumeración de tanto atentado llenaría un infolio de los mayores.

Los franciscanos, pues, encargaron la obra del nuevo templo al más afamado arquitecto de entonces, Ventura Rodríguez, quien al verlos tan irreductibles en su empeño, aceptó el cometido y poco tardó en presentar acabado el proyecto más grandioso de cuantos trazara hasta entonces y luego en toda su vida: un gran templo elegante, correcto, suntuoso, monumental, cuyos planos, alzado, etc., aún se conservan. Entonces, cuantos inteligentes los examinaron, tuviéronlos por una maravilla del arte, que hubiera causado la admiración general, afirma Cean Bermúdez.

La fachada hacía frente a la Carrera de San Francisco. La planta, cruz latina, se prolongaba en su cabeza para dar espacio al coro, que debía circundar en parte el aislado altar mayor, apoyándose en los muros del ábside. Se dividía el recinto en tres naves; coronaba el crucero una gran cúpula con tambor iluminado y linterna también aclarada por ventanas. Esta notable parte iba exornada al exterior por columnas pareadas, correspondientes a las costillas del cascarón. Dos preciosas y esbeltas torres, lujosamente decoradas, hacían hermoso juego con esta cúpula. Medía por dentro la iglesia 242 pies de eje mayor, que con los 90 del presbiterio y coro sumaban 332, o sea más de 110 varas de longitud para una elevación de 90 pies en la techumbre de medio cañón; 106 en el anillo de la media naranja y 206 hasta el cupulín de la linterna. La anchura de la nave central, 48 pies y 138 la del crucero. Una obra espléndida, que habría honrado a Madrid, tan falto de templos notables, y hubiera sido única en la Villa. Pues los frailes la rechazaron en medio del universal asombro. Notaban en ella un gran defecto a su juicio: el coro tras el altar mayor, disposición no adoptada generalmente en las iglesias de frailes. Es la más tradicional desde el principio del cristiano culto y a la vez la más cómoda para el ejercicio del ritual; pero... los franciscanos se callaban el secreto de su repulsa, que ahora yo revelo aquí. Era que, así dispuesto el coro, el público asistente a la iglesia puede ver si en él hay pocos o muchos religiosos; si éstos hacen salidas in-

justificadas o llega alguno tarde, y si alguien comete cualquiera falta, descuido o irreverencia: ¿comprende el lector?

El P. Provincial de los franciscanos propuso para suceder a todo un Ventura Rodríguez, ¿a quién?—se preguntará. Pues a un fraile lego de su Orden, llamado Francisco Cabezas, pica-pedrero de oficio y maestro de obras por afición, sin carrera ni título académico alguno, pero las daba de arquitecto... por ciencia infusa y había pretendido inútilmente lucirse con alguna obra en la Corte. Protegíale por recomendación de un amigo suyo literato (D. Agustín Montiano), el capitán de Ingenieros D. José Hermosilla, el cual, para complacer a los frailes, trazó de cualquier modo unos planos de iglesia, mala copia de otros que hiciera tiempo atrás para la iglesia del Hospital, que no llegó a ejecución; Hermosilla no había de ser responsable..., lo fué el lego Cabezas, que firmó el proyecto como suyo.

Imagínese el disgusto de Ventura Rodríguez, que ofreció modificar su proyecto a gusto de los frailes para aminorar aquel desaire; pero ellos de nuevo lo rechazaron; ¡vaya! La Orden tenía en su casa quien valía tanto o más que D. Ventura. Y desde aquí se desarrolla una serie de incidentes a cual más estupendo.

La Real Academia de San Fernando examina los planos de Fr. Cabezas, que encuentra defectuosos; lo llama, se cerciora de que es un incapaz y reprueba su proyecto. Los franciscanos, sin embargo, proceden al derribo de la iglesia antigua bajo la dirección de Fr. Cabezas. El vecindario, enfervorizado por aquéllos, se presta a ayudar en el derribo y luego en la obra a los albañiles: ¡hasta las señoras! acuden con espuelas para recoger escombros y tierra. Y en tal derribo, perecen hechos pedazos, como cosa despreciable, cuantas preciosidades artísticas encerraba el templo antiguo: sepulcros, estatuas, mármoles, bronce, filigranas de piedra, relieves, todo cae bajo la implacable piqueta, se llega hasta el sacrilegio confundiendo con los escombros los restos de la reina Doña Juana, de Clavijo, de Vargas, del Marqués de Villena, de todos los allí sepultados,



de cuyos cuerpos o esqueletos así profanados no se ha vuelto a saber, aunque años después la Academia de la Historia hizo largas, pero infructuosas gestiones para dar con su paradero, especialmente el de la reina Doña Juana.

Es de notar la reproable indiferencia de las familias de aquellos ilustres muertos. Nadié reclamó, no se oyó una queja de pariente o deudo en medio de aquella furia demoledora, encendida por el ansia de ver levantado un templo nuevo cual los frailes lo querían, con gran regocijo de los envidiosos de Ventura Rodríguez, que mucho habían influido contra él cerca de la Comunidad franciscana. Así lo afirma Cean Bermúdez en la continuación de sus *Noticias* sobre la Arquitectura en España.

* * *

Concluída la demolición, en 3 de noviembre de 1761, pone la primera piedra del templo el Arzobispo de Toledo D. Luis de Córdoba, que apronta allí mismo 3.000 duros para las obras, empezadas sin otro capital que un real de plata encontrado en el suelo por un devoto el día que se cerró la iglesia antigua; pero se confiaba en el vecindario, que, en efecto, contribuyó en adelante con cuantiosos fondos, cuya suma nunca se pudo averiguar, porque eran los frailes los depositarios. En silencio por entonces, habían obtenido (1762) permiso papal para extraer de la Obra Pía de los Santos lugares el sobrante de las limosnas de Tierra Santa: 6.894.186 reales, por gestión del prior Fr. Francisco Freile; después, en 1766, 2.859.770, de limosnas de América, y así por mucho tiempo.

Llevaban ya de duración las obras siete años; en 1768, cuando pararon, díjose que por falta de dinero. Falso; como se ve, dinero había; era que lo edificado amenazaba ruina; que Fr. Cabezas se vió impotente para evitarla, y reo de gran torpeza; que el vecindario enterado, indignado, se disponía a arras-

trarlo, y él vergonzosamente se escapaba para no reaparecer. Los frailes entonces, acuden al célebre Sabatini, a la sazón comandante de Ingenieros, que, desaprobando todo lo hecho, presenta nuevo proyecto de templo en cruz latina; no lo admiten, temerosos de las iras populares cuando la gente viera destruir todo lo edificado. Pero decía Sabatini: ¡si cada pilar es un talego de nueces...! Y propuso a un D. Juan Tamí, aparejador que había sido del nuevo palacio de Oriente, que ofreció continuar lo hecho; pero se volvió atrás. Invitan los religiosos a varios arquitectos; ninguno acepta, hasta que en 1768 se ofreció D. Antonio Plo, con un proyecto sobre la base de lo ya erigido y costando más de 40 millones. Empezó la obra, presentados los planos a la Academia, pero ésta los reprueba, multa a Plo por no haber esperado su visto bueno; manda suspender los trabajos, comisiona a Ventura Rodríguez y a Miguel Fernández para que los examinen e informen, como lo hicieron desfavorablemente en 1769.

Entonces decide el Alto Cuerpo que la obra no continúe; pero el arquitecto D. Diego Villanueva, indiscutible perito, afirma que todo se podría arreglar... con paciencia. Nuevos planos de D. Elías Martínez que la Academia rechaza. Era él hechura de los frailes, que ya desalentados, se pronuncian por desistir de toda obra. La Academia dispone que operarios suyos derriben lo hecho por Cabezas. No obstante se rehacen, recurren contra la Academia al Consejo de Castilla, donde no hallan amparo. Todo Madrid se les vuelve hostil, sufren mil desprecios; ¿qué hacer? El provincial Fr. Claudio y Fr. José Fernández, prior, visitan a Carlos III en Aranjuez, donde son duramente tratados por el rey; mas al fin logran perdón por haber sacado fondos de la Óbra Pía, permiso para sacar aún más por rescripto de Pío VI en enero de 1776, ¡diez y ocho millones!, y que Sabatini continuara la edificación, auxiliado por Fernández, realmente el único dirigente en lo sucesivo y autor de la fachada que hoy conocemos. Trabajo costó ello sin duda; pero mal o bien, con remiendos y añadidos, la bóveda pudo

sostenerse sobre los averiados y reforzados muros de la rotunda, y la erección terminó de cualquier manera en un templo revocado con yeso, sin retablos, con altares provisionales de madera, nada de frescos ni adornos, un órgano de monjas, una sillería coral de pino en el coro alto, mal pintada y tosca en sus formas; el piso de baldosa común y el resto del mobiliario piezas vulgares y vetustas, traídas de acá y de allá por los frailes. Por Real orden de 29 de enero de 1785, se les dió posesión de la iglesia, no como dueños; se declaraba que desde entonces pertenecía a la Corona, verdadera y única dueña de la Obra Pía, de donde había salido el dinero para la obra; fué el último bofetón recibido por los franciscanos, que bien lo merecieron.

Grande desencanto el del pueblo al encontrarse el 6 de diciembre de 1784, día de la bendición del templo, con un local frío, desolado, desmantelado, pobrísimo y sin aspecto religioso; donde la palabra del predicador era repetida por el eco, y la música del coro le atronaba. ¿Para esto veinticuatro años y tres meses trabajando y de gasto 25.503.258 reales, sin contar las limosnas del público, jamás averiguada su cantidad, ni comprobado su empleo?

* * *

Y así continuó todo hasta la exclaustación en 1836, cuando queda el templo en triste abandono; ¡siempre víctima de la desgracia! durante unos veinte años, los bastantes para causarle grandes deterioros; las bóvedas recaladas por la lluvia, la cúpula en peligro por la debilidad de los muros que la soportaban, y los cimientos, desde un principio tan mal calculados como contruídos. Hubo que buscar, y no sin dificultades se encontró, un arquitecto todo lo hábil que el caso requería y fué D. Francisco Enríquez y Ferrer, quien comenzó la difícil reparación el 16 de mayo de 1856, llevada a cabo en poco tiempo y con éxito. El experto profesor colocó sobre la porta-

tada las estatuas que en 1774 había labrado en piedra de Colmenar, de una sola pieza, Francisco Martínez y no había llegado a poner en su sitio, con las de San Francisco, San Buena-ventura, San Juan Capistrano, San Bernardino de Sena, San Diego de Alcalá y el Beato Salvador de Horta. Rodeó de excelentes y artísticos marcos los siete grandes cuadros de las capillas, que representaban: el de la mayor a Nuestra Señora de los Angeles, pintada por Bayeu, y los otros, a la Concepción, por Maella; la Sagrada Familia, por Ferro; San Buena-ventura, por González Velázquez; San Francisco y Santo Domingo, por José Castillo; la Virgen apareciéndose a San Antonio de Padua, por Andrés Calleja, y San Bernardino de Sena, por Goya. Construyó un suntuoso altar mayor de mármol blanco, puso en el presbiterio parte de la sillería de coro del Parral, y dibujó la gran araña del centro, construída en bronce por la histórica platería de Martínez, más un juego de diez y seis magníficas lámparas, las mejores que en Madrid se habían conocido.

No hubo dinero para sustituir el órgano asaz pequeño para tan extenso local (257 y medio pies de longitud desde la puerta al muro interior del ábside; 118 el diámetro de la rotonda, y la altura 153, desde el suelo al anillo de la linterna); ni para construir una sillería nueva en el coro alto; se hizo pintar lo mejor posible la muy tosca provisional de ciento siete asientos; fueron doradas algunas molduras con gran sobriedad y acierto y finalmente se dió a todo el interior un revoco excelente, imitación a piedra de sillería que daba al recinto un bello carácter de seriedad monumental, gratisimo a la vista. No se podía pedir más; el templo no era conocido, según dijeron los que lo habían visto poco antes de la exclaustación, parecía otro. En tal estado lo bendijo y consagró su nuevo altar mayor el Arzobispo de Toledo Fr. Cirilo de Alameda y Brea, franciscano, el 8 de julio de 1860, y así lo conoció y estudió el que suscribe hasta el año 1882, cuando lo cerraron para reformarlo como lo vemos hoy.



Fué aquél su estado menos lastimoso durante veintidós años, diríase de descanso, que le concedió su eterna perseguidora la desdicha; pero amenazándole entre tanto con la calamidad de la restauración insensata y bárbara, empezada en dicho año 82 que ha convertido su interior en el de una gran caja de dulces, estrepitosamente abigarrada de colorines, dorados cromos y garambainas.

Porque sobrara dinero a la Obra Pía, o por lo que *sotto voce* se dijo por entonces y me guardaré de repetir, se proyectó una reforma que admirase al mundo, que estuviese a la altura de los modernos adelantos, encerrando todos los aplicables al arte religioso por los artistas más notables, la novena maravilla sacroestética. En resumidas cuentas, se retrogradaba ridículamente al criterio de los frailes en 1760. En efecto, aquellos se valieron sólo de un Fr. Cabezas, éstos del siglo XIX, que no eran frailes ni clérigos tonsurados siquiera, entregaron la obra a buen número de legos, por lo menos en arte sagrado.

Era lógico. En la inevitable Comisión figuraban un general, condes, marqueses, funcionarios o covachuelistas, honorables personas, pero ni un solo artista, al menos de afición, ni un sacerdote perito en organizar templos, ni un hombre versado en los infinitos problemas que al presente implica el arte religioso. Como legos determinaron encargar cada cosa al artista de más renombre, sin parar mientes en si lo merecía por obras de carácter sagrado e ignorando que de nada sirve tal elección, si no preside al proyecto una inteligencia expertísima, capaz de concebir y trazar todo el conjunto con un criterio definido de unidad, en cuya virtud se impone a cada una de las especialidades artísticas el camino a seguir en su respectiva obra, notificándole, además, la índole de las que han de alternar con la suya más cerca o más lejos de ella.

Esto no hicieron, y así salió la gran ensalada de cosas y cosazas, algunas por sí mismas buenas, ninguna, en absoluto, adecuada al lugar en que figura, dándose de puñetazos con sus vecinas y con todas las otras. Yo tuve el honor de juzgar seve-

ra y minuciosamente esta obra en la Prensa el año 96, sin que nadie osara el intento de refutarme. Entonces aún continuaban los papanatas forasteros no queriendo volver a sus pueblos sin admirar San Francisco el Grande. Ésto poco a poco fué acabando; ya no lo admira nadie. Como iglesia, de muy poco sirve, teniendo tan cerca las de la Paloma y San Andrés, con mucho culto y aunque feas, al fin iglesias; como obra de arte, constituye la equivocación más desdichada que cabe en molle-
ra de seglar moderno metido a organizar o reformar templos a todo trapo. En vano el presbítero Calabuig, también lego en arte, ha publicado su libro *San Francisco el Grande*, más ditirambo de cortesano que descripción de inteligente: ha caído en el vacío. ¡Y pensar que la tal reforma costó más que si se hubiera derribado la obra de Cabezas y sobre ella se hubiera alzado un grandioso templo nuevo!

JOSÉ FERRÁNDIZ.

